

# CÉCILE PIVOT

## Las cartas de Esther

Traducido del francés por M.<sup>a</sup> Dolores Torres París

Título original: *Les lettres d'Esther*

Diseño de colección: Estudio Sandra Dios

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.



*Les lettres d'Esther* by Cécile Pivot

© Calmann-Lévy, 2020

© de la traducción: M.ª Dolores Torres París, 2021

© Contraluz (GRUPO ANAYA, S. A.)

Madrid, 2021

Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15

28027 Madrid

[www.contraluzeditorial.es](http://www.contraluzeditorial.es)

ISBN: 978-84-1894-502-1

Depósito legal: M. 23.153-2021

Printed in Spain

*Para mis padres*



## Esther

Nada pasó como yo lo había previsto. Podría habérmelo figurado después de nuestra reunión en París, la única vez que nos vimos. No se habían inscrito en mi taller de escritura epistolar con la intención que les propuse: hacer progresos en la escritura. No solo por eso, en todo caso. El taller era su salvavidas. Iba a salvarlos de la incomprensión, de un duelo no resuelto, de una vida en punto muerto, de un amor en peligro. Cuando me di cuenta, ya era tarde, estaba inmersa en la intimidad y la historia de cada uno de ellos. Pero, al fin y al cabo, ¿el taller no era para mí también una tabla de salvación a la que agarrarme a raíz de la muerte de mi padre?

Me sobreestimé. Pensé que todos estarían deseando escribirse conmigo, y solo Jean expresó ese deseo; supuse que sabría mostrarme firme, y no fue así con Samuel, que rehusó un segundo corresponsal con quien cartearse; tenía la certeza de que estarían ávidos de mis consejos, y lo que les decía les entraba por un oído y por el otro les salía.

No recuerdo el momento exacto en que me decidí a recopilar nuestra correspondencia para hacer un libro.

Creo que fue tras el ejercicio de los monólogos. Salvo Juliette, que había dudado antes de aceptar, Jeanne, Samuel, Jean y Nicolas me dieron carta blanca, siempre y cuando se cambiaran sus nombres. Samuel insistió en que conservase el suyo.

Con vistas a su publicación, corregí las cartas, las pulí, por así decirlo, procurando respetar el estilo. Samuel pasa de las repeticiones; Juliette tiene problemas con los elementos de relación (un reflejo, tal vez, de los problemas que encontraba para conjugar el pasado con el presente); Nicolas, con su franqueza (la misma que en la vida); Jeanne abusa de las interjecciones; Jean, de los adverbios.

En aras de la legibilidad, he especificado en la parte superior de cada una de las cartas los nombres de los remitentes y su destinatario.

Quise que este libro se cerrase con el más joven de todos nosotros, Samuel. Que el chico tuviese la última palabra. En primer lugar, porque valoro su inteligencia intuitiva y su sensibilidad, que se reflejan en su escritura. Luego, porque él y yo nos parecemos en algunos aspectos. No llegamos a hacer el duelo de nuestros deudos y llevábamos a cuentas un absurdo sentimiento de culpa. Finalmente, porque nadie podría haber imaginado que iba a evolucionar tanto en tan pocos meses, que tomaría las riendas de su vida con tanta determinación, espontaneidad y generosidad. Igual que Jean, que también puso los medios para cambiar el curso de su existencia. Me agrada pensar que el taller de escritura fue su mejor aliado. Que llegó en el momento oportuno.

Me llamo Esther Urbain y tengo cuarenta y dos años.

## Anuncio por palabras

Yo no era ni escritora ni profesora. Iba a tener que tranquilizar a los solicitantes sobre mi solvencia. Pensaba recurrir a mi experiencia como documentalista de recopilaciones epistolares, citándoles mis favoritas, *Correspondencia*, de François Truffaut, y *Cartas a Lou*, de Guillaume Apollinaire; hablarles, también, de los talleres de escritura que organizaba por la tarde en Lille, en mi librería, C'est à Lire, después de cerrar, impartidos por escritores del norte. Con un tema como el de la correspondencia epistolar, tenía miedo de atraer solo a viejos solitarios, que aprovecharían la ocasión para desempolvar de sus cajones el papel de cartas amarillento y dar rienda suelta a sus recuerdos, sin preocuparse del otro y de la conversación.

Tenía una idea bastante precisa de cómo quería que funcionase mi taller. El 5 de enero de 2019, mi anuncio, que había publicado unos días antes en la web de mi librería, apareció en cuatro periódicos regionales. Para un mayor impacto, me habían propuesto una «oferta combinada» cuando llamé al departamento de publicidad de *La Voix du Nord*: «Aprenda a dar forma a sus pensamientos, a

contar una historia y a hablar de sus emociones inscribiéndose en un taller de escritura dedicado al género epistolar. Posibilidad de participar sea cual sea su lugar de residencia. Del 4 de febrero al 13 de mayo de 2019».

Recibí una veintena de solicitudes. Los candidatos eran de todas las edades y había más hombres que mujeres. Les respondí con el mismo discurso a todos: Esther Urbain, librera de Lille, documentalista y correctora editorial, especializada en el género epistolar. Les advertí de que dirigía un taller de escritura por primera vez y que mi papel consistiría, respetando su personalidad, en trabajar los textos con ellos, ayudándolos, sobre todo, a encontrar la palabra adecuada y a dar ritmo a sus frases. Para ello necesitaría tener acceso a sus correos. Había previsto una reunión en París el mes siguiente, que probablemente sería la única, puesto que contaba con responder por teléfono o por correo electrónico a cada nueva carta.

La solicitud más insólita me llegó de una psiquiatra de París, Adeline Montgermon. Tras someterme a un tercer grado acerca del funcionamiento del taller y pedirme mis referencias, me habló de una paciente.

—Tiene depresión posparto. ¿Sabe lo que es?

—Pues no exactamente, ¿es cómo...?

Hablaba muy rápido. Había preguntado por preguntar y lo que yo le decía apenas le interesaba. Siempre se comportó así conmigo.

—Bueno, se lo explicaré en pocas palabras. Si le interesa, puedo recomendarle algunos libros sobre el tema. ¡Ah, es verdad, es usted librera! Se conoce también como depresión posnatal. Se trata de una depresión grave, cuyas



causas son múltiples. Interfiere en el adecuado desarrollo del vínculo entre la madre y el bebé. A mi paciente, que tiene treinta y ocho años, le sobrevino cuando su bebé tenía cinco meses. Primero tuvo que ser internada en un hospital psiquiátrico. Luego volvió a casa, pero el regreso fue prematuro. Ahora le hacen un seguimiento en la maternidad, con su hija, varios días a la semana. Yo paso ahí consulta y es allí donde la conocí. El bebé tiene ahora ocho meses y medio y el estado de la madre sigue siendo preocupante.

Noté un punto de irritación en la voz de Adeline Montgermon. Probablemente se había opuesto al alta hospitalaria.

—Cree que su marido no la apoyó a su regreso. Ha vuelto a un estado de fragilidad extrema, como después del nacimiento del bebé, y sus miedos han reaparecido. Los recibí a los dos hace unos días. Mi paciente expresó el deseo de dejar la vivienda familiar para vivir sola, durante un tiempo indefinido. Sin su marido y sin su hija. Obviamente, él no se lo esperaba.

—¿No habían hablado entre ellos antes de ir a verla?

—No. Ella quería comunicárselo en mi consulta. A mi paciente le cuesta encontrar las palabras para decir lo que piensa. Es muy vulnerable. Él sobrelleva los ataques de ansiedad y pánico de su esposa desde hace meses. Hace lo que puede. Le resulta difícil ayudarla. Le cuesta aceptar lo que le ocurre a su mujer. Le he sugerido consultar a uno de mis colegas y se ha negado en redondo. Es una lástima, pero no me preocupa demasiado. Tiene que afrontarlo. El futuro dirá si su separación es temporal o defini-

tiva. A pesar de su dificultad para comunicarse, es una pareja muy sólida. Les propuse que aprovecharan la separación para escribirse. Si le soy sincera, lo hice sin saber muy bien si serviría de algo, pero pensando que se escucharían de manera diferente. En fin, que se escucharían sin más, cosa que hoy son incapaces de hacer. Y entonces fue cuando vi su anuncio...

—Pero usted no me necesita para...

—Me venía de perlas, imagínese. Porque me temo que mi paciente interrumpirá el diálogo a la mínima dificultad o contrariedad. Yo estaría mucho más tranquila si ella escribiese en el marco de un taller, que, además, está dirigido por una mujer.

—¿Qué espera de mí exactamente?

—Que los acepte en su taller.

—No sé qué decir. Es muy delicado, yo no soy psiquiatra y...

—Lo sé muy bien. Procederá con ellos como con los demás. Y yo continuaré con el seguimiento de mi paciente.

—Voy a inmismirme en su privacidad...

—Como en la de los otros participantes en el taller. Pero eso no será un problema. Tanto usted como ellos pueden estar tranquilos a ese respecto. Soy muy consciente de que a veces será delicado.

—Y además les importarán un bledo los consejos de escritura que se supone que debo darles...

—Yo creo que vale la pena intentarlo, intentarlo todo.

Insistió hasta que tiré la toalla y dije que sí a la doctora Montgermon.

Me enteré de sus nombres en el momento de su inscripción unos días después. Juliette y Nicolas Esthover me enviaron un correo electrónico cada uno por su cuenta con unas pocas horas de diferencia. Aludían a la recomendación de la doctora Montgermon y poco más. A continuación, otras cuatro personas: Jean Beaumont, un hombre de negocios que se pasaba la vida viajando; Alice Panquerolles, hipnoterapeuta de Lyon; Samuel Djian, un chico joven que se limitó a un «¿Que por qué me apunto a su taller? Pues por hacer algo»; y, por último, Jeanne Dupuis, la más entusiasta, de cuya voz se deducía que ya no era joven. Pensé que íbamos a ser bastantes más. Para mi sorpresa, ninguno aspiraba a escribir un libro ni tenía un manuscrito guardado en un cajón. ¿No era esa la principal motivación de los participantes en un taller de escritura? Quizá el mío, en torno a la correspondencia, generaba expectativas diferentes. Me preguntaba cuáles.

Concertar una fecha, una hora y un lugar donde encontrarnos en París no fue fácil. La única que no impuso ninguna condición fue Jeanne Dupuis. Era libre como el viento, me dijo, riendo por teléfono. Jean Beaumont me había advertido de que estaría de viaje y no podría reunirse con nosotros. Acordamos finalmente una cita el 31 de enero a las 18:30 en el Hoxton, un gastrohotel de moda en la calle Sentier, con un patio interior, un jardín de invierno y elegantes bares, que me había recomendado mi primo Raphaël. Aproveché la ocasión para pasar dos días con él, ya que vivía muy cerca de allí.

Antes de nuestra reunión, envié un correo electrónico a los seis participantes, pidiéndoles que pensarán en la si-

guiente pregunta: «¿Contra qué lucho?». Si estaban de acuerdo, deberían enunciar una breve respuesta en voz alta ante los demás. Me encanta esta pregunta porque estoy convencida de que todos luchamos contra algo. Y también porque deja una gran libertad al que contesta. Se puede ser evasivo, responder con un tópico o, por el contrario, revelar una parte más íntima de quien se es.

## ¿Contra qué lucho?

*nico-esthover@free.fr, juju-esthover@free.fr, jeanne.dupuis5@laposte.net, jean.beaumont2@orange.com, samsam-cahen@free.fr*

Asunto: Prolegómenos de nuestro taller

Buenos días a todos:

Fue un placer reunirme con ustedes el viernes pasado. En este tipo de reuniones que se celebran para conocerse, es difícil encontrarse a gusto inmediatamente. Por eso les agradezco el haber contestado a la pregunta: «¿Contra qué lucho?». Sus respuestas fueron muy sinceras. A continuación, encontrarán un resumen de lo que acordamos y, en un documento adjunto, la fotografía de Jean Beaumont, que, como saben, no podía reunirse con nosotros. Jean, a su vez, recibirá las fotografías de los demás participantes.

A lo largo de este taller, cada uno de ustedes tendrá dos correspondientes. Si lo desean, pueden enviar su solicitud a uno o a dos destinatarios. O esperar a que alguien les escriba, en cuyo caso, corren el riesgo de quedarse solos.

Si reciben una solicitud y desean responder negativamente, por favor, comuníquenlo cuanto antes.

Les aconsejo que se dirijan unos a otros por su nombre de pila. Eso los ayudará a romper el hielo.

Durante el taller, solo se comunicarán entre sí por medio de las cartas.

Si es posible, envíenlas regularmente. Procuren que no pasen demasiados días antes de responder.

Les recuerdo que deben incluir en su primer correo la respuesta a la pregunta que expresaron en nuestra reunión: «¿Contra qué lucho?» (Por partida doble, puesto que tienen dos corresponsales.)

Cualquiera de ustedes puede elegirme como destinataria.

Con la finalidad de acompañarlos y ayudarlos a progresar en la escritura, me enviarán una copia de cada una de sus cartas. Tomo nota de que Juliette, Jean y Samuel fotografirán sus cartas y me enviarán sus capturas de pantalla por correo electrónico, mientras que Nicolas y Jeanne harán fotocopias que recibiré por correo postal. Una vez recibidos sus correos, los llamaré por teléfono (Jeanne, Juliette, Nicolas y Samuel) o les enviaré un correo electrónico (Jean) para hacerlos partícipes de mis comentarios.

Más adelante, les plantearé tres ejercicios.

No olviden que no estoy aquí para juzgar sus sentimientos y sus opiniones, sino para hacerles avanzar en la escritura.

Para cualquier pregunta, estoy a su entera disposición. Tienen mi teléfono, mi correo electrónico y mi dirección.

Nuestro taller finalizará la semana del 13 de mayo de 2019.

Señoras y señores, a lunes 4 de febrero de 2019, declaro inaugurado nuestro taller de escritura.

Hasta pronto,  
Esther Urbain